

Aunque algunos, después mas animados
 Cuando en particular los apartaban,
 De su cercana muerte asegurados,
 El sospechado engaño declaraban;
 Pero luego delante dél llevados,
 Con medroso temblor se retrataban,
 Negando la verdad ya comprobada,
 Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
 Y que encubrirse al cabo no podía,
 Dejando aquel remedio infructuoso,
 Quiso tentar el último que había;
 Y así llamando al capitán Reinoso,
 Que luego vino á ver lo que quería,
 Le dije con sereno y buen semblante
 Lo que dirán mis versos adelante.



CANTO XXXIV

Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa
 A tantas desventuras sometida!
 Prosperidad humana sospechosa,
 Pues nunca hubo ninguno sin caída!
 ¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
 Que no sea amarga al cabo y desabrida?
 No hay gusto, no hay placer sin su descuento:
 Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
 A quien la vida larga ha deslustrado,
 Que el mundo los hubiera preferido
 Si la muerte se hubiera anticipado:
 Anibal desto buen ejemplo ha sido,
 Y el cónsul que en Farsalia derrocado
 Perdió por vivir mucho, no el segundo,
 Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
 Famoso capitán y gran guerrero,
 Que en el término américo-indiano
 Tuvo en las armas el lugar primero;
 Mas cargó fortuna así la mano,
 Dilatándole el término postrero,
 Que fué mucho mayor que la subida
 La miserable y súbita caída.

El cual reconociendo que su gente
 Vacilando en la fe titubeaba,
 Viendo que ya la próspera creciente
 De su fortuna apriesa declinaba,
 Hablar quiso á Reinoso claramente:
 Que venido á saber lo que pasaba,
 Presente el congregado pueblo todo,
 Habló el bárbaro grave deste modo:

«Si á vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,
Y si esta mi caída hubiera sido
Debajo de hombre y capitán indino,
No tuviera el brazo así desfallecido,
Que no abriera á la muerte yo camino
Por este propio pecho con mi espada,
Cumpliendo el curso y mísera jornada.

»Mas juzgándote digno, y de quien puedo
Recibir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo
Luego que á mí me fuere concedida;
Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida,
Y en mí por esperiencia he ya probado,
Cuán mal le está el vivir á un desdichado.

»Yo soy Caupolicán, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

»Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Purén desmantelado;
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado
Me ponen á tus piés á que te pida
Por un muy breve término la vida.

»Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona mas es mas clemente;
Y si á venganza la pasión te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente;
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente,
Y si en darme la muerte estás ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.

»No pienses que aunque muera aquí á tus ma-
Ha de faltar cabeza en el estado: [nos
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado;
Y pues conoces ya á los araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error sería
Yendo tan cuesta abajo ya la mia.

»Mira que á muchos vences en vencerte;
Frena el impetu y cólera dañosa:
Que la ira examina al varon fuerte,
Y el perdonar venganza es generosa.
La paz comun destruyes con mi muerte:
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual están á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

»Aspira á mas y á mayor gloria atiende;
No quieras en poca agua así anegarte:
Que lo que la fortuna así pretende
Solo es que quieras della aprovecharte,
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

»Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera, ó capitán, satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte;
Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y mas en este tiempo que la mia
La paz universal perturbaria.

Y pues por la esperiencia claro has visto
Que libre y preso, en público y secreto,
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto;
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al rey Felipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere:
Que yo se que el ejército y senado
En todo aprobarán lo que hiciere;
Y el plazo puesto y término pasado
Podré también morir, si no cumpliere:
Escoge lo que mas te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.»

No dijo el indio mas, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia;
Que por mas que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando aunque vencido y preso en todo
Cierta término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo he escrito,
Con mas rigor y priesa que advertencia,
Luego á empalar y asaetarle vivo
Fué condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término escesivo
Causó en su gran semblante diferencia:
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fe y conocimiento
Se quiso bautizar y ser cristiano.
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiracion de todas gentes,
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice dia,
Que con solemnidad le bautizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitia
En la fe verdadera le informaron;
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente le sacaron
A padecer la muerte consentida
Con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, á pié, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso fiudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba:»

Desto manera pues llegó al tablado,
Que estaba á un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto, revolviendo
A un lado y á otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente
Que el increíble caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mia
Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hay grande si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofa, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demás habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:»

«¿Cómo? ¿Qué? ¿En cristiandad y pecho hon- Mas fortuna crüel, que ya tenia
Cabe cosa tan fuera de medida, [rado Tan poco por hacer y tanto hecho,
Que á un hombre como yo, tan señalado, Si tiro alguno avieso allí salia
Le dé muerte una mano así abatida? Forzando el curso le traia derecho;
Basta, basta morir el mas culpado: Y en breve sin dejar parte vacia
Que al fin todo se paga con la vida, De cien flechas quedó pasado el pecho,
Y es usar deste término conmigo Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Inhumana venganza, y no castigo. Que por menos heridas no cupiera.

»¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas Paréceme que siento enternecido
Contra mí se arrancaron á porfia, Al mas crüel y endurecido oyente
Que usada á nuestras miseras gargantas Deste bárbaro caso referido,
Cercenara de un golpe aquesta mia? Al cual, señor, no estuve yo presente:
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas Que á la nueva conquista habia partido
Maneras la fortuna en este dia, De la remota y nunca vista gente;
Acabar no podrá, que bruta mano Que si yo á la sazón allí estuviera
Toque al gran general Caupolicano.» La cruda ejecucion se suspendiera.

Esto dicho, y alzando el pié derecho, Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Aunque de las cadenas impedido, Que por vivo llegaban á mirarle:
Dió tal cox al verdugo, que gran trecho, Que la amarilla y afeada muerte
Le echó rodando abajo mal herido: No pudo aun puesto allí desfigurarle.
Reprehendido el impaciente hecho, Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Y del súbito enojo reducido, Que no osaban dejar de respetarle,
Le sentaron después con poca ayuda Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Sobre la punta de la estaca aguda. Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

No el aguzado palo penetrante, La voladora fama presurosa
Por mas que las entrañas le rompiese Derramó por la tierra en un momento
Barrenándole el cuerpo, fué bastante La no pensada muerte ignominiosa,
A que al dolor intenso se rindiase: Causando alteracion y movimiento;
Que con sereno término y semblante Luego la turba incrédula y dudosa,
Sin que labio ni ceja retorciase, Con nueva turbacion y desatiento,
Sosegado quedó, de la manera Corre con priesa y corazon incierto
Que si sentado en tálamo estuviera. A ver si era verdad que fuese muerto.

En esto seis flecheros señalados, Era el número tanto que bajaba
Que prevenidos para aquello estaban, Del contorno y distrito comarcano,
Treinta pasos de trecho desviados, Que en ancha y apiñada rueda estaba
Por orden y despacio le tiraban; Siempre cubierto el espacioso llano:
Y aunque en toda maldad ejercitados, Crédito allí á la vista no se daba
Al despedir la flecha vacilaban, Si ya no le tocaban con la mano,
Temiendo poner mano en un tal hombre Y aun tocado, después les parecia
De tanta autoridad y tan gran nombre. Que era cosa de sueño ó fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente,
Para temor del pueblo ejecutada,
Ni la falta de un hombre así eminente
En que nuestra esperanza iba fundada,
Amedrentó ni acobardó la gente:
Antes de aquella injuria provocada,
A la cruel satisfaccion aspira
Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobrio recibido,
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y baston ya pretendido,
Antes que sosegase la tardanza
El ánimo del pueblo removido,
Daban calor y fuerzas á la guerra
Incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén y Cayopil y Mareande,
En un espacio largo no podría,
Y fuera menester libro mas grande:
Que cada cual con hervoroso afecto
Pretende allí y aspira á ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sabio conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo
Les hizo mensajeros diligentes,
Para que se juntasen á consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos, recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron;
Otros que á otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sabio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen
Solos, á la lijera, sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algun indicio
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que con industria y artificio
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado
En un cómodo valle y escondido,
La convocada gente del senado
Al término llegó constituido,
Y entre ellos Tucapel determinado
De por bien ó por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambicion los corazones,
Brotar el odio antiguo y competencia,
Variar los designios y opiniones
Sin manera ó señal de conveniencia,
Fundando cada cual su desvario
En la fuerza del brazo y albedrio.

Entrados como digo en el consejo
Los caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo,
Segun su antigua preeminencia armados,
Colocolo, sagaz y cauto viejo,
Viéndolos en los rostros demudados,
Aunque aguardaba á la sazón postrera,
Adelantó la voz desta manera.....

Pero si no os cansais, señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero,
Y volver el designio á nuestro polo:
Que aunque á deciros mucho me prefiero,
El sujeto que tomo basta solo
A levantar mi baja voz cansada,
De materia hasta aquí necesitada.

Mas si me dais licencia yo querria,
Para que mas á tiempo esto refiera,
Alcanzar si pudiese á don García,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado reino habia
Reformado los pueblos de manera,
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran volcán vecino,
Fragua, segun afirman, de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino;
De allí volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra al cabo vino
Al ancho lago y gran desaguadero,
Término de Valdivia y fin postrero;

Donde también llegué: que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las mas ciudades convocadas,
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas;
Y así el tumulto bélico creciendo
En sordo son confuso rimbombaba,
Y el vecino contorno amedrentaba.

Que arrebatado del lijero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos indios el oído:
Los cuales con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el oscuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que rasgando el cielo
Baja tronando envuelto en llama ardiente,
Ni terremoto cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entraban
Destruyendo ganados y comidas,
Quién que la tierra y pueblos saqueaban
Privando á los caciques de las vidas,
Quién que á las nobles dueñas deshonraban,
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros insultos y maldades
Sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto
Con cada cosa que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Cuanto el triste temor les representa:
Solo el salvarse les parece incierto,
Y esto los atribula y atormenta:
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dejó en ella lugar desocupado
Por donde la razon hallase entrada,
El atónito pueblo reportado,
Su total perdicion considerada,
Se junta á consultar en este medio
Las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
Persona de valor y entendimiento,
En la araucana escuela dotrinado,
Que por cierta cuestion y acaecimiento
De su tierra y parientes desterrado,
Se redujo á doméstico ejercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confusion que habia,
Pues sin oír trompeta ni ver gente
Le espantaba su misma vocería,
En un lugar capaz y conveniente,
Junta toda la noble compañía,
Sosegado el rumor y alteraciones
Les comenzó á decir estas razones:

«Escusado es, amigos, que yo os diga
El peligroso punto en que nos vemos
Por esta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto á las puertas la tenemos;
Pues el temor que á todos nos fatiga,
Nos apremia y constriñe á que entreguemos
La libertad y casas al tirano,
Dándole entrada libre y paso llano.

»¿A qué fosado muro ó antepecho,
A qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
Os podreis retirar en este estrecho,
Que baste sola un hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge esta furia repentina
Sin armas, capitán, ni disciplina.

»Que estos barbudos crueles y terribles
Del bien universal usurpadores,
Son fuertes, poderosos, invencibles,
Y en todas sus empresas vencedores:
Arrojan rayos con estruendo horribles,
Pelean sobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De solo el pensamiento gobernados.

»Y pues contra sus armas y fiereza
Defensa no teneis de fuerza ó muro,
La industria ha de suplir nuestra flaqueza
Y prevenir con tiempo el mal futuro:
Que mostrando doméstica llaneza
Les podeis prometer paso seguro
Como á nacion vecina y gente amiga,
Que la promesa en daño á nadie obliga.

»Haciendo en este tiempo limitado
Retirar con silencio y buena maña
La ropa, provisiones y ganado
Al último rincon de la montaña;
Dejando el alimento tan tasado,
Que vengan á entender que esta campaña
Es estéril, es seca y mal templada
De gente pobre y mísera habitada.

»Porque estos insaciables avarientos,
Viendo la tierra pobre y poca presa,
Sin duda mudarán los pensamientos
Dejando por inútil esta empresa;
Y la falta de gente y bastimentos
Los echará deste distrito apriesa,
Guiados por la breña y gran recuesto,
De do quizá no volverán tan presto.

»Teneis de Ancud el paso y estrechez
Cerrado de peñascos y jarales,
Por do quiso impedir naturaleza
El trato á los vecinos naturales;
Cuya espesura grande y aspereza
Aun no pueden romper los animales,
Y las aves alijeras del cielo
Sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

»Llevados por aquí, sin duda creo
Que viendo el alto monte peligroso
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atrás el paso presuroso;
Y si quieren buscar algun rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dejando esta region por miserable
Libre de su insolencia intolerable.

»Y aunque la libertad y vida mía
Sé que corre peligro en el viaje,
Con rústica y desnuda compañía
Salir quiero á encontrarlos al pasaje,
Y fingiendo ignorancia y alegría,
Vestido de grosero y pobre traje,
Ofrecerles he en don una miseria,
Que arguya y dé á entender nuestra laceria.

»Quizá viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra y mísero tributo,
El linaje de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resolutivo,
Que es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios á otra parte.»

No acabó su razón el indio cuando
Se levantó un rumor entre la gente,
El parecer á voces aprobando
Sin mostrarse ninguno diferente;
Y así la ejecución apresurando
En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efecto retirados
Los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada
Al último confin había venido,
Dando remate á la postrer jornada
Del límite hasta allí constituido;
Y puesto el pié en la raya señalada
El presuroso paso suspendido,
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.



CANTO XXXV

Entran los españoles en demanda de nueva tierra; sádeles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
¿Qué pecho fiel, que voluntad tan sana
Que este no la inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay orden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada ni cerrada puerta
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el ñudo y vínculo mas fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades
Tropella á la razón, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frio,
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Trujo sin descansar tantos soldados,
Y por vias estériles, remotas,
Del interés incitador llevados,
Piensan escudriñar cuanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García había arribado
Con práctica y lucida compañía
Al término de Chile señalado,
De do nadie jamás pasado había;
Y en medio de la raya el pié afirmado
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dijo fueron tales: